



Fotos: Felipe Ugaldé

En pleno centro de Santiago sigue en pie la casona que a comienzos del siglo pasado vio desfilar por sus pasillos y jardines a los integrantes del grupo literario y artístico chileno del Centenario, Los Diez. A pesar de que nunca habitaron la casona colonial de calle Santa Rosa N° 179, el lugar se transformó en un espacio en el que por algunos años los impetuosos “hermanos decimales” intentaron realizar parte de las fantasías que formaban su proyecto, como la célebre torre o “faro espiritual” del grupo —que todavía permanece a medio construir— y los capiteles de las columnas esculpidos por Ried en su patio interior. Según uno de sus actuales dueños, don Eduardo García Powditch, los vestigios que “Los Diez” dejaron en esta casa constituyen un testimonio de la difícil realización del sueño común que los reunía. Nada ni nadie asegura su conservación ni conoce el que será su destino. Pese a la supuesta protección patrimonial que debería recibir esta casa, que se encuentra en manos de privados, hoy está a la venta, y en un estado de evidente deterioro, lo que constituye una muestra de la falta de conciencia de conservación urbana con que enfrentamos el Bicentenario de nuestro país.



Archivo familia García



La Casa de Casa de Los Diez... antes y después...

Se podría decir que la casa de Los Diez ha sobrevivido gracias al capricho y excentricidad de los dos principales dueños que ha tenido. El primero de ellos, Fernando Tupper Tocornal, un amigo y admirador del grupo, de buena situación económica e igualmente soñador, quien compró esta casa colonial con el fin de convertirla en “La Casa de los Diez”. Fue él quien le pidió a los escultores “decimales” Julio Ortiz de Zárate y Alberto Ried que la decorasen, transformándola en el nuevo punto de reunión del grupo. No obstante, los recursos de Fernando se agotaron prontamente, y el proyecto se hizo inviable. Su padre, desesperado por la imprudente inversión que su hijo realizaba en esta casa, que todavía estaba en obra gruesa, lo obligó a venderla en el año 1927. Abrumado por las deudas, tuvo que llevarla a remate, y la vendió en un módico precio a un arquitecto joven y entusiasta, don Alfredo García Burr, quien se trasladó a vivir en ella junto a su señora e hijos.

En la planta baja, que “era la más habitable”, nació el guía de nuestra visita y uno de sus actuales dueños, don Eduardo García. Su padre, don Alfredo, fue catalogado y reconocido en su propia época como un coleccionista excéntrico, y al igual que su antecesor, tampoco contaba con los medios necesarios para poder mantener y terminar la construcción de la casa. Padre de una familia numerosa, con el fin de reunir fondos que le permitieran costear la hipoteca, don Alfredo tuvo que habilitar varios locales comerciales en las habitaciones exteriores de la casa, entre los cuales funcionaba una ferretería, una peluquería, una pastelería y hasta una fábrica de cervezas. En el segundo piso instaló una especie de bodega donde guardaba las antigüedades que coleccionaba, actividad que él mismo definía como un vicio al que no se podía resistir, y que no siempre podía financiar.... un vicio que mantuvo a costa de privaciones que más de alguna vez tuvieron que sufrir sus ocho hijos, por lo que muchas veces fue criticado.

En una entrevista concedida a la prensa, don Alfredo se refirió en estos términos a su espíritu de coleccionista empedernido: ***“No puedo –confesó- es superior a mí. No me preocupa la plata ni el precio que las cosas tengan. Simplemente me gusta tenerlas. Por agrado no más. Cuando yo me muera que hagan lo que se les ocurra. Cuando yo no pueda sentirlo”***. Aunque al decir estas palabras don Alfredo no tenía en mente la pieza más importante de su colección, la Casa de los Diez, al leerlas podemos comprender en gran parte la lógica que ha permitido que esta casa siga en pie.

“Es así –cuenta don Eduardo García- como estos dos grandes hombres, don Fernando primero y don Alberto después, hicieron posible que la casa de Los Diez llegara hasta nuestros días. El primero hizo de mecenas de los artistas y el otro tuvo el coraje y la visión para conservarla contra viento y marea”.

Tras la muerte de la madre de don Eduardo todos los muebles, las obras de arte y la biblioteca de su padre se fueron a remate en el año 1999, ya que los hijos no podían solventar el gasto de mantener su enorme colección: **“Todo se fue –dice don Eduardo- pero la casa quedó”**. Según el testimonio de don Eduardo García, la historia de la resistencia de esta casona comenzó a escribirse prácticamente desde su construcción. Él mismo nos cuenta que desde su niñez ha crecido siendo testigo de las constantes amenazas de las que su familia ha tenido que defender a la casa: expropiaciones, demoliciones, incendios y estafas, una defensa de la que, luego de la muerte de su padre, él mismo ha tenido que hacerse cargo. Don Eduardo nos muestra las innumerables cartas y documentos por medio de los cuales él y sus hermanos han pedido auxilio de todo tipo (legal, municipal, ministerial y hasta presidencial): una larga historia de gestión familiar por la protección de la propiedad, que en la actualidad está a la venta.



Algunos de los documentos y recortes de prensa que la familia García Powditch conserva en la actualidad, y que son muestra de la accidentada historia de la casa.

Todo esto, a pesar de que la Casa de Los Diez fue declarada Monumento de Interés Histórico en 1998, ya que dicha distinción, según nos relata, más que protecciones les ha traído complicaciones: “Nosotros pensamos que habíamos resuelto todo y estábamos felices, pero ni siquiera soñábamos con el compromiso en el que nos estábamos metiendo. Monumento de Interés Histórico significa muchas cosas, pero la idea central es que la propiedad, económicamente, queda fuera del mercado. Nadie se interesa económicamente por comprar o mantener una edificación de este tipo, y la ley que impone el Estado para la conservación del inmueble es muy estricta en sus condiciones”, dice don Eduardo, haciendo alusión a la incierta situación a la que se enfrenta su familia con respecto a la casa: la protección del Estado se traduce en la

exención del pago de contribuciones, siempre y cuando no se realice en la propiedad ninguna actividad que signifique una renta y entre en la categoría de “empresa”.



Patio interior de la casa y algunos de los capiteles de las columnas esculpidos por Ried, que representan a la casa de Santa Rosa y a algunos de los “hermanos decimales”.



Mientras recorremos la casa y vemos cómo ha sido víctima del maltrato del paso del tiempo y del descuido, don Eduardo recuerda los lugares que antaño ocupaban los costosos inmuebles y obras de arte que inicialmente la poblaban: lámparas, libros, vitrinas, cortinajes y cuadros. Hoy quedan pocos y marchitos vestigios de lo que alguna vez fue una casona enriquecida por su padre.



La casa todavía alberga extraños objetos, como esta tina que –según don Eduardo García Powditch– se encontraba en el Palacio de La Moneda, y en la que se bañaron varios presidentes.

Actual puerta de acceso a la casa, que reemplaza a la original puerta de madera tallada por Julio Ortiz de Zárate, que la familia García optó por guardar, ya que la han intentado robar en reiteradas ocasiones.





Corredor y escalera interior de la casa y uno de sus actuales habitantes: un setter irlandés.



(Anterior) El “Faro espiritual” del grupo de Los Diez, que hoy habitan las palomas. Torre de tres pisos, observatorio desde el cual el grupo contemplaba los cuatro puntos cardinales. Julio Bertrand y Pedro Prado originalmente habían proyectado construir

una torre en la orilla del mar, pero a falta de algo mejor, decidieron instalarla en la casa de Santa Rosa, fantasía que Fernando Tupper acogió. Años más tarde, don Alfredo García Burr se refirió a la Torre en términos que permiten comprenderla como metonimia de la casa misma:

“He vivido cuidando, reparando y enriqueciendo la Torre de los Diez. Lo único que he debido lamentar es no disponer de los medios holgados necesarios para terminarla. (...) Fernando [Tupper] la quería mucho. Una vez me contó que cierta noche, en que un furioso vendaval hacía estragos en la ciudad, se encaramó al último piso de su Torre y, afirmado en el alféizar de una ventana que miraba hacia el norte, sintió –mientras daba el pecho y la cara al huracán- la sensación de estar dirigiendo un barco en medio del más deshecho temporal: “Con eso, don Alfredo, me sentí pagado de todo lo que había gastado y padecido con la casa, me dijo””. (Revista del Sábado, 15 de junio de 1974).

En el intento de darle alguna utilidad al terreno, don Eduardo cría lombrices rojas en el patio trasero, entre los escombros. Los parientes lejanos que actualmente habitan en el segundo piso de la casa, entre los antiguos muebles y el papel ajado que cubre las paredes, ayudan a la protección de esta propiedad frente los posibles ladrones atraídos por una casona desocupada.

“A pesar de todo hoy –dice don Eduardo- la casa está a la venta en espera de su destino. Firme y serena. Con la sabiduría que dan los años y la seguridad que da el sentirse amada”.